de toda Europa). Un territorio que merece la pena cuidar, conservar y querer.

NOTA: Otro ejemplo que tenemos muy próximo es el accidente del petrolero Prestige frente a las costas gallegas, zona que ha venido sufriendo sucesivos impactos similares, y

para la que se deben aplicar criterios de justicia ambiental. ¡Nunca más!

Autenticidad

Marcelo Martín

Arquitecto, gestor cultural y socio de la AIP
marcelomartin@supercable.es

Mis queridos colegas del patrimonio natural, vengo sosteniendo desde hace ya un tiempo que la interpretación debe servir de puente entre los que trabajamos con el patrimonio histórico (PH) y los que lo hacen con el natural, que en definitiva son uno solo. No sé cuál será vuestra problemática, si el paisaje natural o el humanizado, si las especies son o no autóctonas, etc., pero, salvo la clonación, nadie puede dudar de la autenticidad de un águila culebrera o de una encina. ¿Cuáles son entonces vuestros problemas frente a este tema, que para los del patrimonio histórico nos tiene a maltraer desde hace varias décadas?

Autenticidad: *Calidad de auténtico. Acreditado de cierto y positivo por los caracteres, requisitos o circunstancias que en ello concurren.*

Definición nada taxativa, llena de ambigüedades, que alude a la verdad, basada en circunstancias que concurren. Quizá de esta forma, apelando al diccionario, encontremos la amplitud de posibilidades y diversidad de inquietudes que se esconden detrás de la autenticidad. Un término hipervalorado en patrimonio histórico que, me temo, esconde el germen de la necesidad que siempre ha alentado a los tradicionalistas de poder mostrar homogeneidad donde sólo hay aluviones de historias, hechos y materialidades.

Ligar la autenticidad a la identidad de una comunidad es un esfuerzo intelectual que se desmorona al dejar el texto sobre la mesa y mirar la ciudad por nuestra ventana. Aun en el epicentro del casco histórico mejor conservado no reconoceremos qué y quienes son los auténticos; por tanto, desde mi humilde punto de vista debemos enfocar este problema desde otro ángulo. Decía alguien que intentar definir la estupidez nos involucra.

En el documento de Brasilia, los colegas iberoamericanos nos introdujimos al tema a partir del concepto de particularismo cultural, de nuestras diferencias, del sincretismo y la resistencia y proponemos algo irrealizable, considerar *en el momento de juzgar la autenticidad* las diferentes vertientes que integran una sociedad, sus lecturas

a lo largo del tiempo y de lugar. Dicho en buen romance, todo y a lo largo de la historia.

¿Qué podemos concluir que es entonces la autenticidad? ¿Quién puede juzgar qué es auténtico? En el mismo documento se dice que “nos hallamos ante un bien auténtico cuando existe una correspondencia entre el objeto material y su significado”, nada menos auténtico que el significado; la cultura, la sociedad, la ciudad son polisémicas, habrá tantos significados como personas que lean el objeto o el acontecimiento.

“La autenticidad alude a todas las vicisitudes que sufriera el bien a lo largo de su historia y que no desnaturalizaron su carácter” en tal caso esas vicisitudes fueron imperceptibles o algo no nos funciona en la concepción de la idea. Toda transformación es de por sí no natural, entendiendo como tal lo que se ajusta a la cualidad o propiedad de las cosas, sin artificio, mezcla o composición ninguna. En esta misma línea se habla de mantener el “entorno primitivo”, luego si es “primitivo” ya es objeto de conservación y responde a un todo auténtico, ergo es poco útil hablar de ello, mejor sería definir un entorno, mediato e inmediato y que no responde exactamente a la cronología de lo “auténtico”. La contradicción se aclara cuando ya se alude finalmente a cuestiones formales (masa, textura, color). Por aquí siguiendo vienen luego las técnicas constructivas; es de sentido común y no un alarde de “conservación de la autenticidad” hoy en día en patrimonio histórico la “sustitución de algunos elementos con las técnicas tradicionales”.

Gradación de la autenticidad: ¿puede haber algo casi auténtico, menos auténtico, contundentemente auténtico?, se puede adjetivar la autenticidad, pero no creo que pueda resultar medible según escalas, arbitrariamente quizá, pero en general algo es o no es auténtico. A su vez “conservación de la autenticidad” vuelve a necesitar apelar al carácter, la esencia, la originalidad, etc., etc. que esconden detrás una buena dosis de manipulación histórica o ideológica (aún apelando a “presupuestos científicamente válidos” que, en historiografía ya han sido desmantelados hace tiempo).

Discrepo de autenticidades, en plural, me desembarazo del trabajo de andar por los centros históricos reclutando fragmentos de autenticidad, prefiero una diversidad culturalmente razonable, una verosimilitud histórica aceptable antes que trozos de cornisas que quedan, auténticas de verdad, colgando de edificios imposibles de incluir ya en nuestro devenir.

Reconozco todo lo que hay de válido en estos documentos (hoy quiero ser polémico), pero en la vida cotidiana tenemos que tratar con certidumbres a la hora de tomar decisiones, y de seguro no surgirán de este tipo de reflexiones.

La autenticidad la intuyo mucho más cercana a mostrarnos tal cual somos; de nuestra apariencia física y nuestro comportamiento se pueden deducir (y con ayuda más) nuestra pertenencia, nuestra identidad, nuestras pautas culturales. Incluso si llevamos un *Rólex* falsificado comprado en la frontera. Más que preocuparnos por nuestro sello de origen deberíamos ofrecer nuestro patrimonio (auténtico todo él, salvo quienes decidan otra cosa) como un espejo donde mirarnos y mostrarnos a los demás, decía don Henri Riviere, padre de los ecomuseos.

La supuesta autenticidad puede sufrir, al menos de cinco “tropiezos” que vale la pena enumerar:

1. Idealiza algún momento del pasado y lo propone como paradigma sociocultural del presente, decide que todos los testimonios atribuidos son auténticos y guardan por eso un poder estético, religioso o mágico insustituible.
2. Elimina demasiado rápidamente (con la velocidad del prejuicio), todas las oportunidades de ampliar el acceso a la experiencia y la comprensión del propio pasado, y de otras culturas, que ofrecen las técnicas de reproducción contemporáneas (original y copia).
3. Puede olvidar que toda cultura es resultado de una selección y una combinación, siempre renovada, de sus fuentes (congelar la escena urbana).
4. Un objeto original puede ocultar el sentido que tuvo – original, pero sin relación con el origen– porque se lo descontextualiza, o porque ha perdido su contexto.
5. Las narrativas históricas que cambian con la investigación (se van haciendo auténticas cada vez más) no llegan a los folletos y a los guías patrimoniales, por tanto, a veces tampoco es auténtico, no ya el patrimonio, sino lo que se cuenta de él.

Paralelamente al concepto de autenticidad se desarrolla el de accesibilidad y comprensión de ese patrimonio y, por extensión, el entendimiento de lo que es auténtico. El acceso de las clases sociales a ese patrimonio es diferencial, así como lo fue la participación en su construcción debido a la división del trabajo, las diferencias regionales, tradiciones históricas, etc. La apropiación del patrimonio y, por tanto, la “sensibilización en las comunidades acerca de la autenticidad” es un tema más que complejo que no se regula mediante ordenanzas y que, como casi todo lo que significa el pasado, el presente y el futuro de una sociedad, debe contar con la recurrente pero nunca aplicada idea de la participación, que significa democracia y que su ausencia se esconde casi siempre detrás de frases bienaventuradas como “promover su goce artístico, espiritual y su uso educativo, donde la memoria histórica, los testimonios y la continuidad cultural sean la raíz común”.

Quiero apelar al concepto de *intertextualidad* e integrar en mi discurso los aportes de otros autores que desarrollan con mejor exactitud lo que quiero expresar sobre autenticidad.

El concepto de autenticidad con relación a la función o uso

El concepto de autenticidad no puede ser el mismo para diferentes tipos de patrimonio cultural. En el caso de un monumento histórico, con importancia cultural debido a su papel en la historia nacional o regional, claramente la autenticidad debe ajustarse en mayor grado al concepto de “lo genuino”, asegurando en lo posible la autenticidad en: (1) materiales; (2) diseño; (3) métodos constructivos y artísticos; y (4) el entorno, tal como lo establece la Carta de Venecia de 1964. En contraste, en el caso de un monumento religioso

–con importancia cultural en la sociedad actual sobre la base de su uso y función originales– la autenticidad podría incorporar el concepto de permitir añadidos, modificaciones y evoluciones culturales que se efectúen según normas y preceptos coherentes con los originales del monumento en cuestión. Este sería el caso, por ejemplo, de las iglesias jesuitas de la Chiquitania boliviana, que continúan teniendo importancia vital en el desarrollo de las sociedades locales, en sus aspectos religiosos, artísticos y laborales. Claramente, sería arbitrario por parte de cualquier autoridad el limitar la función del monumento religioso a la de un museo, cuando su función original religiosa continúa siendo la principal razón de ser del monumento y la voluntad de la comunidad continúa siendo el utilizarlos en su función original (ICOMOS Bolivia).

Autenticidad y el concepto de valor

El conocimiento de la historia posee en sí mismo todos los elementos de los que es parte el proceso de formación de la conciencia que de sí tiene una comunidad. La apropiación de la historia a través de sus testimonios materiales e inmateriales es una labor compleja, en la que se pretende comunicar cómo los objetos, las tradiciones o el paisaje no tienen valor por lo que son, sino por lo que representan (objetos, signos). La valoración de un objeto no radica en su mayor o menor antigüedad y belleza, conceptos meramente subjetivos basados en prejuicios, sino en la medida que nos informa de los aspectos históricos (económicos, sociales, de mentalidad, etc.) de la época que se pretende enseñar. Respecto de los valores, podemos estructurarlos al menos en dos aspectos radicalmente opuestos en el campo del patrimonio cultural: el valor del consumo de los objetos patrimoniales o, por el contrario, el valor que presenta para la identidad cultural de la comunidad o el valor de uso.

En el primer caso, el valor de consumo, se consideran prioritarios aquellos bienes que presentan atractivos ya sea por su valor artístico relevante o simplemente por su originalidad, curiosidad o extravagancia. En este caso la presencia de la población será evaluada positivamente en tanto contribuya a reforzar la imagen pintoresca y será tratada como un objeto de consumo más o desechable en tanto no agregue nada especial al carácter del sitio. El tratamiento del patrimonio se inclinará, desde esta perspectiva, a congelar situaciones “valiosas”, para lo cual se propondrán restauraciones o arreglos más o menos escenográficos, que “pongan en valor” los elementos considerados de mayor atracción y, por tanto, crear una falsa autenticidad. No pueden admitirse en este caso cambios creativos que pongan el patrimonio al servicio de la población existente. El valor queda directamente relacionado con la productividad económica, con lo que se confunde valor estético y originalidad genuina con extravagancia o decorativismo superficial.

Si, por el contrario, la trascendencia se asocia a la consolidación de la identidad cultural del grupo social, el patrimonio adquirirá valor en función de su capacidad como elemento de identificación y apropiación del entorno inmediato y del paisaje por parte de la comunidad. Las teorías y métodos, tanto para la determinación de los bienes culturales como para su tratamiento, conducirán a operaciones de rescate y conservación más creativas. Los valores por reconocer serán entonces los que hacen referencia a cuestiones relacionadas con las vivencias sociales, con la historia de la comunidad, esto es, al papel que el objeto ha desempeñado en la historia social.

Se debe atender también a la lectura que de este patrimonio hace la gente, es decir, la lectura de ese objeto donde el

individuo reconoce el hábitat de un determinado grupo sociocultural y, finalmente, a la capacidad para conformar su entorno significativo, a conferir sentido a un fragmento urbano, etc. Si el patrimonio es considerado como apoyo para la memoria social, uno de los valores fundamentales a considerar será la presencia de sus habitantes. Al poner en primer plano la capacidad de identificación y apropiación por parte del grupo social, este grupo pasa a ser considerado como protagonista de cualquier operación que se emprenda: la intervención en el patrimonio tenderá al arraigo y desarrollo de la población, evitando a toda costa su expulsión, o su marginación.

Por otro lado, al considerar a los habitantes como parte fundamental del patrimonio, se compromete al reconocimiento de la necesidad de cambio, de adaptación a nuevas necesidades, nuevos hábitos, transformaciones funcionales, etc. Por eso el congelamiento de situaciones edilicias o urbanas no puede ser la meta de la conservación y de un proyecto de turismo cultural; se plantea la necesidad de hallar en cada caso la solución que permita el delicado equilibrio entre la preservación de la identidad y los necesarios cambios (Marina Waisman, citada por Marcelo Martín, 1998).

Autenticidad y el proceso creativo

Establecer un proceso para la conservación, preservación o restauración ha de ser un proceso en el cual hemos de reconocer que estamos interviniendo parte de la historia del desarrollo de la comunidad, país o la humanidad y, como tal, nuestra actitud ante esta práctica ha de ser objetiva, esto quiere decir valernos del conocimiento técnico, científico y artístico de nuestra época, pero a su vez, hemos de tener muy claro y conocer las técnicas, materiales y, en lo posible, el concepto con el cual este hecho arquitectónico se inició.

Todo edificio que logre perdurar en la memoria colectiva y en el tejido histórico es sujeto de transformaciones, modificaciones o agregados a lo largo de su vida útil ¿cómo podremos definir cuáles partes son relevantes o no para la preservación de este hecho arquitectónico a partir de nuestra propia intervención como conservadores?

Poder dar una idea con respecto a lo que ha de ser conservado del bien, es una labor trans e interdisciplinaria en la cual la toma de decisiones nunca puede estar dada por especialistas de una sola rama del conocimiento humano. Caeríamos en el error de negar que el patrimonio construido es un hecho inherente a los profesionales en arquitectura; el patrimonio ha de ser como bien lo entendemos, herencia de antepasados y como custodios para las futuras generaciones, es por ello que interesa estudiarlo desde el punto de vista de la antropología social y urbana, así como de expertos en el campo de la Historia, la Ingeniería, la Química y –por que no– de Comunicación Social. Este equipo es el capaz de poder llevar a cabo la determinación y definición, en cada uno de los casos, del grado o la pertinencia de autenticidad de cada una de las campañas constructivas, por las cuales ha sido intervenido el bien, con el fin de no negar al Patrimonio el proceso histórico (ICOMOS Costa Rica).

La autenticidad y los paisajes culturales

El auge actual de los “paisajes culturales” como marco para definir y manejar el patrimonio ilustra cómo los valores de complejos territorios se pueden manejar y expresar con utilidad. Concebidos por el Comité de Patrimonio Mundial como “ilustradores de la evolución de la sociedad y asentamiento humano a través del tiempo”, Susan Buggie explica que los paisajes culturales se pueden interpretar como poseedores de valores intrínsecos (expresados en la

continuidad del uso de la tierra, la tradición en su manejo según se manifiesta en patrones de organización espacial, redes de circulación, preferencia por ciertos materiales, formas y tecnologías) y valores asociativos (como testimonios de creencias espirituales y/o tradicionales). Aquí el análisis de la autenticidad necesariamente se concentra en el entendimiento de los elementos principales de ciertos procesos dinámicos, y no en los atributos estáticos de la forma y los materiales. Dentro de un contexto donde el cambio diario es la norma, un análisis sobre la autenticidad rápidamente lleva a cualquier conservacionista a identificar los valores importantes dentro del *continuum* de tiempo, tanto hacia delante como hacia atrás, reconociendo que las mejores soluciones no son las que protegen, si no las que renuevan.

La Autenticidad y el Turismo

En el clima económico actual en que la conservación del patrimonio tiene que ser autosuficiente, quizás el reto mayor es el de mantener la autenticidad dentro del sistema de mercados, habida cuenta de la indiferencia por gran parte de la industria turística hacia las verdaderas cualidades de las atracciones patrimoniales que se fomentan y se venden.

Para los que toman decisiones que afectan los sitios patrimoniales en la industria turística es importante que se libren de las estrategias de mercado convencionales, y que se dediquen, en vez de crear un nuevo mercado, a estimular una demanda diferente. Tienen que darse cuenta que el público quiere autenticidad; quiere creer en lo genuino, en lo completo y en la verdad del mensaje que se lleva cuando visita un sitio patrimonial. También debemos recordar que aun cuando exista un compromiso por mantener la autenticidad, las pequeñas decisiones se pueden ir acumulando rápidamente hasta reducir la calidad de lo auténtico en la experiencia. Fergus Maclaren nos dice:

“Inevitablemente, los diseños y el uso de un sitio se adaptan a lo que atraiga turistas. En los sitios industriales, los nuevos usos, como cafeterías, restaurantes, librerías, boutiques y viviendas tipo loft, se superponen sobre los viejos patrones de actividades típicas en las zonas industriales tradicionales. La necesidad de mantener una imagen atractiva al visitante a menudo lleva a re-definir la historia. El miedo es que los recursos patrimoniales de un sitio se conviertan en fachadas que escondan actividades comerciales y residenciales y que los habitantes de la zona se conviertan en los actores de un drama diario que se le ofrece a los turistas para que lo fotografíen y se maravillen. La ironía es que aunque tal vez la embadurnada realidad de un distrito puede ser demasiado ruda para atraer turistas, el proceso de gentrificación (reemplazo de los habitantes y comercios tradicionales por unos más afluentes y modernos) de por sí nos brinda la verdadera historia de cambio y desarrollo” (ICOMOS Canadá).

Supuesta autenticidad basada en el simulacro

En los países desarrollados hay cierto consenso sobre el interés de la conservación física del patrimonio, y es una necesidad plenamente asumida por nuestros gobernantes, técnicos urbanistas y por los ciudadanos. El debate se centra más en el cuánto y en el cómo.

En cuatro podemos agrupar los principales peligros que amenazan la autenticidad de la ciudad histórica y que, por tanto, repercuten en la calidad del turismo cultural: degradación, terciarización, gentrificación y banalización.

Entendemos por degradación el abandono físico de sectores o barrios de la ciudad por envejecimiento de la población, deterioro de la edificación, infravivienda, deficiente

infraestructura urbana, ausencia de servicios y marginalidad. Esto puede llegar a desembocar en la destrucción física de los edificios, del espacio urbano y la degradación social.

Terciarización es el proceso por el cual los centros urbanos que fueron residenciales o multifuncionales en otro tiempo, por su centralidad, acaban destinados para uso exclusivo del sector servicios: comercios, restaurantes, edificios públicos y oficinas. El hábitat pierde importancia y fuera del horario comercial estos lugares céntricos de las ciudades quedan desiertos.

La gentrificación o aburguesamiento es la sustitución de la población residente tradicional, de composición social diversa, por otra con un perfil más uniforme y alto poder adquisitivo. A partir de la rehabilitación hay un proceso de transformación y sustitución del tejido social dentro del centro histórico. El coste económico de los edificios rehabilitados es por lo general más elevado que los de nueva planta, por lo que los precios de venta o de alquiler aumentan cada vez más a medida que la rehabilitación progresa y da una fisonomía más atractiva al centro. La población tradicional residente, sobre todo las familias de bajos ingresos, son progresivamente empujadas hacia las periferias en beneficio de aquellos capaces de asumir alquileres y precios más altos, con el consiguiente empobrecimiento de la diversidad social que siempre ha caracterizado los centros urbanos de nuestras ciudades.

La banalización es sobre todo resultado del turismo, al concentrar y especializar sectores de la ciudad en esta actividad. Es una forma de terciarización de gran impacto paisajístico, que favorece nuevas arquitecturas historicistas, falsos decorados, tiendas de recuerdos de baja calidad, restaurantes con publicidad agresiva, masificación turística, etc. Pero sobre todo influye en que eleva los precios de la vivienda en el sector y expulsa actividades comerciales normales y equipamientos básicos para los residentes: tiendas de comestibles, colegios, etc.

Degradación, terciarización, gentrificación y banalización, juntos o por separado, juegan en contra de la autenticidad. Estos cuatro fenómenos son consecuencia del abandono de la ciudad a su suerte o a intereses privados. En la última década han primado visiones productivistas o simplemente especulativas que han afectado muy negativamente a la autenticidad de la ciudad (Romero Moragas, 1999).

Para concluir, el artículo y no estas reflexiones inconclusas, partimos de la base de que es inmoral interpretar lo falso, que siempre partimos de una verdad científica o al menos avalada historiográficamente (que no históricamente, que es otra cosa muy distinta). Pero aseveramos que el problema de la autenticidad en patrimonio histórico no se resuelve entre verdadero y falso, sino que debemos encontrar pautas para una mejor comprensión y actualización de lo que **entendemos por autenticidad**, y después de mucho pensar mi propuesta es la adopción de dos tareas básicas: **la selección de material culturalmente representativo y la producción de escenas y manifestaciones que ayuden a proveernos de verosimilitud histórica**. Repito: representatividad cultural, es decir mostrar aquello que existiendo, con la certeza que da la investigación, y ampliando el concepto de tener o no que pertenecer al periodo histórico concreto que abordamos, nos de la idea y la certeza (intelecto y sentidos) de que lo que estamos disfrutando es auténtico; y verosimilitud histórica, todo lo que presentamos en nuestra tarea de acercar el patrimonio al público en su tiempo de ocio, es históricamente cierto, grado de autenticidad que tiene que ver con la certeza y no con la autenticidad.

Les dejo una pregunta para el futuro ¿Qué lugar ocupa en nuestra tarea la preocupación de saber que trabajamos con material auténtico?

Bibliografía de referencia

AA.VV. "Carta de Brasilia" Documento Regional del Cono Sur Sobre Autenticidad. ICOMOS Argentina, ICOMOS Brasil, ICOMOS Chile, ICOMOS Paraguay, ICOMOS Uruguay. V Encuentro Regional de ICOMOS-BRASIL, Diciembre 1995. En <http://www.icomos.org/usicomos/authenticity/socsp.html>

BUGGEY Susan, ver <http://www.apa.umontreal.ca/gadrat/formcont/seminaire98/conferences/Buggey/Buggey.htm>

MARTÍN, Marcelo, "Reflexiones en torno a la difusión del patrimonio histórico" en AA.VV. *Difusión del Patrimonio Histórico*. Colección Cuadernos, Vol. VII. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. IAPH. "Sobre el necesario vínculo entre el patrimonio y la sociedad. Difusión del Patrimonio y otros conceptos", en *Areté* N°8, Asociación Española de Gestores de Patrimonio Cultural, Madrid, 1999.

"El espíritu de la época. Modernización o posmodernización del vínculo entre el patrimonio y los ciudadanos" en *PH Boletín del IAPH*, N° 25, diciembre de 1998.

ROMERO MORAGAS, C. "Ciudad, cultura y turismo: calidad y autenticidad", en *PH Boletín del IAPH* N°36, septiembre 2001, Sevilla, pp.100-109.